LA SEÑAL DEL CIELO
AGATHA CHRISTIE



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

El juez daba fin a sus recomendaciones al jurado.

-He dicho, señores, casi todo lo que tenía que decirles; ustedes resolverán si hay pruebas suficientes para dictaminar si este hombre es o no culpable del asesinato de Vivian Barnaby. Han oído las declaraciones de los sirvientes sobre la hora en que fue disparado el tiro. Todas ellas concuerdan. Tienen ustedes la prueba de la carta que escribió Vivian Barnaby al acusado, en la mañana de ese mismo día, viernes 13 de septiembre, y que la defensa ni siquiera ha tratado de negar. Han oído, también, que el acusado negó rotundamente haber estado en Deering Hill, hasta que tuvo que admitirlo ante las pruebas terminantes presentadas por la policía. Ustedes sacarán sus conclusiones de lo que sugiere esa negativa. En este caso no hay pruebas directas. A ustedes les toca resolver las cuestiones de móviles, medios y oportunidad. La defensa alega que una persona desconocida entró en la sala de música, después de haber salido el acusado, y mató a Vivian Barnaby y con la misma escopeta que, por un olvido un tanto asombroso, el acusado había dejado allí. Han oído cómo el acusado justifica haber tardado media hora en llegar a su casa. Si ustedes no aceptan la explicación del acusado y creen que el 13 de septiembre éste disparó su arma sobre Vivian Barnaby con el propósito de matarla, tienen, señores, que declararlo culpable. En cambio, si aceptan su explicación, tienen el deber de absolverlo. Ahora les ruego que se retiren y deliberen. Cuando hayan arribado a una conclusión, la formularán. Antes de treinta minutos volvió el jurado. Dio a conocer el veredicto, anticipado por la mayoría de la concurrencia: culpable.

Mr. Satterthwaite salió de los tribunales preocupado. Los meros homicidios no lo atraían. Era de temperamento demasiado exquisito para interesarse en los sórdidos pormenores de un crimen vulgar. Pero el caso Wylde era otra cosa. El joven Martin Wylde era lo que se llama un caballero, y la víctima, la joven esposa de sir George Barnaby, había sido amiga personal de Mr. Satterthwaite.

En todo ello pensaba mientras recorría el barrio de Holborn y penetraba en el laberinto de calles pobres que llevan a Soho. En una de estas calles hay un pequeño restaurante, frecuentado por una selecta minoría que incluía a Mr. Satterthwaite. No era un sitio económico, pues estaba dedicado a los gourmets más exigentes; era un lugar tranquilo -ninguna jazz-band lo vejaba-, más bien oscuro, con mozos que surgían silenciosamente de la penumbra, cargados de grandes fuentes de plata, como si participaran en un rito sagrado. El restaurante se llamaba Arlecchino. Mr. Satterthwaite, pensativo aún, entró y se dirigió a su mesa; en un rincón apartado. Sólo cuando estuvo cerca vio que la mesa estaba ocupada por un hombre moreno y alto que tenía la cara en la sombra. Los reflejos que despedía una ventana de vidrios de colores convertían su traje austero en un juego de rombos tornasolados.

Mr. Satterthwaite estaba a punto de retirarse, pero en ese momento el desconocido dejó ver su cara.

-¡Alabado sea Dios! -dijo Mr. Satterthwaite, cuyo vocabulario era un tanto arcaico-. Es Mr. Quin.

En tres oportunidades anteriores se habían encontrado, y siempre había ocurrido algo singular. Era un hombre extraño aquel Mr. Quin, con su don de mostrar todas las cosas bajo una luz distinta.

Mr. Satterthwaite sintió una íntima felicidad. Su papel en la vida era el de espectador, y lo sabía; pero bajo la influencia de Mr. Quin tenía la ilusión de ser un actor: un actor principal.

-¡Qué sorpresa más agradable! -dijo-. ¿Puedo sentarme?

-Encantado. Como usted ve, aún no he empezado a comer.

Inmediatamente surgió el maître de entre las sombras: Mr. Satterthwaite, como correspondía a un hombre de paladar exigente y delicado, se dedicó de lleno a la tarea de seleccionar el menú. Pocos minutos después, con una ligera sonrisa de aprobación en sus labios, se retiró el maître con el pedido y encomendó a un mozo el servicio.

Mr. Satterthwaite se dirigió a Mr. Quin: -Vengo de Old Bailey -dijo-. Me ha impresionado profundamente este asunto.

-Lo declararon culpable, ¿verdad? -preguntó Mr. Quin.

-Sí, el jurado sólo necesitó media hora para decidir.

Mr. Quin movió la cabeza y dijo: -Ese fallo era inevitable, dados los testimonios existentes.

-Y no obstante... -empezó a decir Mr. Satterthwaite, y se calló.

Mr. Quin terminó la frase por él.

-... y sin embargo, sus simpatías estaban del lado del acusado. ¿No es eso lo que iba a decir?

-Sí; eso es. Martin Wylde es una persona tan agradable que cuesta creer en su culpabilidad. De todos modos, es cierto que, últimamente, ha habido varios jóvenes al parecer intachables que han resultado criminales de la peor especie.

-Demasiados -murmuró Mr. Quin.

-¿Cómo dijo? -preguntó Mr. Satterthwaite con atención.

-demasiados... para mal de Martin Wylde. Desde un principio hubo una pronunciada tendencia a considerar este crimen como uno de tantos de la misma índole: el hombre que se saca de encima a una mujer para poder casarse con otra.

-Tal vez -exclamó Mr. Satterthwaite, en tono de duda-. Pero las pruebas...

-¡Ah! -contestó rápidamente Mr. Quin-. Temo no conocer íntegramente las pruebas expuestas.

La fe en sí mismo renació en Mr. Satterthwaite. Sintió que una fuerza extraña lo impulsaba a hablar. Tuvo la sensación de que iba a decir algo extraordinario..., profundo y dramático.

-Permítame que trate de hacerle ver las cosas. Yo conozco a los Barnaby, ¿comprende? Estoy enterado hasta de las circunstancias más peculiares. Lo conduciré a usted entre bastidores, para que pueda observar la representación desde adentro.

Mr. Quin se inclinó hacia adelante con una sonrisa alentadora.

-Si hay alguien que pueda revelarme eso, nadie mejor que usted, Mr. Satterthwaite -dijo.

Mr. Satterthwaite se aferró a la mesa con ambas manos. Estaba como trastornado. En aquel momento era un artista; un artista cuyo recurso eran las palabras.

En forma suave y a grandes rasgos pintó la vida en Deering Hill. Sir George Barnaby, anciano y obeso, orgulloso de su fortuna, era un hombre que vivía pendiente de los detalles más insignificantes. Era metódico, disciplinado, incapaz de olvidarse de dar cuerda a sus relojes todos los viernes por la noche. Liquidaba personalmente sus cuentas los martes por la mañana y vigilaba noche a noche que la puerta de la calle estuviera debidamente cerrada. En otras palabras, era un hombre exageradamente cuidadoso.

De sir George pasó luego a lady Barnaby; su crítica fue menos dura, pero no por eso menos firme. La había visto relativamente poco, pero su impresión había sido definida y duradera.

Era una criatura llena de vitalidad; demasiado joven para su marido. Sin experiencia de la vida, pero con ansias de vivirla.

-ella odiaba a su marido. Había llegado a casarse con él sin saber lo que hacía, y ahora....

Estaba desesperada, según siguió explicando, desorientada. No contaba con ninguna clase de recursos propios y dependía exclusivamente de su anciano marido. Sin embargo, parecía no darse cuenta de lo que esto significaba para ella. Era hermosa, aunque su belleza era más una promesa que realidad. También era ambiciosa. A su ansia de vivir unía una gran ambición; un deseo vehemente de tener más de lo que tenía.

-Nunca llegué a conocer a Mr. Wylde -continuó Mr. Satterthwaite- más que por referencias. Se dedicaba de lleno a las tareas de su granja, situada a poco más de un kilómetro de Deering Hill. Y Vivian Barnaby se interesó vivamente por la agricultura o, por lo menos, hizo creer que se interesaba. Mi opinión es que no fue más que un pretexto. La realidad es que vio en él una válvula de escape. Y se aferró a él con la misma fuerza con que un niño se aferra a un juguete. Claro que esto sólo podía llevar a un fin... Sabemos lo que ocurrió, porque las cartas fueron leídas en el tribunal. Mr. Wylde había guardado las cartas de Vivian, pero ésta no había hecho lo mismo con las de él; sin embargo, del texto de las cartas leídas parece desprenderse que Wylde iba perdiendo interés por ella. El mismo lo admitió. Estaba de por medio la otra chica, que también vive en el pueblo de Deering Vale. Su padre es el médico del lugar. Usted lo habrá visto en el juzgado, ¿verdad? ¡Ah!, no; ahora recuerdo que usted no estuvo, según me dijo. Se la describiré. Es una chica rubia, muy rubia, de apariencia dulce, quizás un poquito tonta; muy reposada y leal. Sobre todo muy leal.

Miró a Mr. Quin como requiriendo su aprobación, y éste se la otorgó en forma de amable sonrisa. Mr. Satterthwaite continuó: -Usted oyó la lectura de la última carta... Perdón... Quiero decir que la habrá leído en los diarios, supongo. Me refiero a la que fue escrita el viernes 13 de septiembre por la mañana. Contenía una serie de desesperados reproches y amenazas, y terminaba rogándole a Martin Wylde que fuera a Deering Hill esa misma tarde a las seis. "Dejaré la puerta abierta para ti, para que nadie se entere de que estuviste aquí. Te esperaré en la sala de música." La carta fue llevada personalmente.

Mr. Satterthwaite hizo una breve pausa y luego prosiguió: -Cuando Martin Wylde fue arrestado, negó rotundamente haber estado en la casa esa noche. Declaró que había tomado su escopeta y había ido a los bosques a cazar. Pero en cuanto la policía presentó sus pruebas, esa declaración no le sirvió de nada. En efecto, sus huellas digitales fueron halladas en la puerta lateral y en uno de los dos vasos de whisky que había en la sala de música. Sólo entonces admitió que, efectivamente, había estado a visitar a lady Barnaby, y que la entrevista había sido sumamente violenta, aunque pudo lograr, finalmente, que ella se serenara.

Juró que había dejado la escopeta afuera, apoyada contra la pared exterior de la casa, y que cuando se separó de Vivian, uno o dos minutos después de las seis y cuarto, ella estaba viva y perfectamente bien. De allí se encaminó directamente a su casa. Sin embargo, de las declaraciones recogidas se desprende que no llegó a su residencia hasta las siete menos cuarto. Y esto es raro, por cuanto, como ya he mencionado, vive escasamente a una milla de distancia. No puede tomarle media hora cubrir ese trecho. Dice que se olvidó por completo de la escopeta. No parece muy probable que haya sido así, y sin embargo...

-¿Y sin embargo? -inquirió Mr. Quin.

-Pues -contestó lentamente su interlocutor-, tampoco es imposible. El fiscal, naturalmente, ridiculizó esa suposición, pero creo que estaba equivocado. He conocido a muchos jóvenes y sé que escenas como ésas los alteran sobremanera, especialmente a aquellos de tipo nervioso, como Martin Wylde. Las mujeres pueden participar en una escena como ésa y sentirse más aliviadas después; les sirve de válvula de escape, les calma los nervios y quedan más tranquilas y descongestionadas. Pero, en cambio, creo poder imaginarme a Martin Wylde saliendo de esa casa con la cabeza hecha un torbellino, fastidiado y desdichado, sin acordarse siquiera de la escopeta que había dejado apoyada contra la pared exterior.

Se calló durante unos minutos y luego continuó: -No es que tenga mayor importancia, pues, desgraciadamente, la segunda parte es bien clara. Eran exactamente las seis y veinte cuando se oyó la detonación. Todos los sirvientes la oyeron; la cocinera, su ayudante, el mayordomo, la sirviente de comedor y la doncella de lady Barnaby. Todos corrieron hacia la sala de música. Allí la encontraron, tirada sobre uno de los dos sillones. El arma había sido disparada a quemarropa, con el fin de no errar el blanco. Dos balas, por lo menos, le perforaron la cabeza.

Hizo una ligera pausa, que aprovechó Mr. Quin para preguntar: -Supongo que los sirvientes habrán prestado declaración de todo eso...

Mr. Satterthwaite asintió.

-Sí, el mayordomo llegó al lugar dos o tres segundos antes que los demás, pero las declaraciones de todos ellos coinciden punto por punto.

-¿Así que declararon todos? -insistió Mr. Quin pensativamente-. ¿No hubo excepciones?

-¡Hum...! Ahora recuerdo; la sirviente de comedor sólo fue citada para la indagación judicial. Creo que después se fue a Canadá.

-Entiendo... -contestó Mr. Quin.

Hubo un momento de silencio, y la atmósfera del pequeño restaurante pareció cargarse de incertidumbre. Mr. Satterthwaite se sintió de repente como actuando a la defensiva.

-¿Acaso hizo mal en irse? -preguntó precipitadamente.

-¿Y por qué se ha ido? -contestó Mr. Quin con un leve fruncimiento de cejas.

Estas palabras preocuparon un tanto a Mr. Satterthwaite. Quería abandonar ese tema; volver al terreno que dominaba.

-No puede haber dudas sobre quién disparó el tiro. Parece que los sirvientes perdieron la cabeza en aquellos momentos. No había nadie en la casa que supiera lo que había que hacer, y así transcurrieron varios minutos antes de que a alguno se le ocurriera llamar a la policía, y cuando quisieron hacerlo descubrieron que el teléfono estaba estropeado.

-¡Ah! -exclamó Mr. Quin-. El teléfono estaba estropeado...

-Sí -contestó Mr. Satterthwaite, y por un momento pensó que había dicho algo de suma importancia-. Pudo haber sido hecho adrede, pero no veo la necesidad. La muerte fue instantánea.

Mr. Quin no dijo nada y Mr. Satterthwaite comprendió que su explicación no era muy satisfactoria.

-el joven Wylde era el único de quien se podía sospechar -continuó luego-. Según su propio relato, salió de la casa sólo dos o tres minutos antes de que se oyera el disparo. ¿Y quién otro pudo haber sido? Sir George estaba jugando al bridge en casa de unos amigos, a escasa distancia de la suya. Salió de allí apenas pasadas las seis y media, y en la misma puerta se topó con una sirvienta que le llevaba la noticia. El último rubber de la partida terminó exactamente a las seis y media; sobre eso no hay ninguna duda. Después tenemos al secretario de sir George, Henry Thompson. Estaba en Londres ese día, y a la hora en que ocurrió el asesinato asistía a una conferencia comercial. Por último, está Sylvia Dale que, al fin y al cabo, tenía un buen motivo, aunque resulta imposible suponer que pueda estar ligada en forma alguna con el crimen. Fue a la estación de Deering Vale a despedir a una amiga que partía en el tren de las 6.28. Eso la exime por completo. Respecto de los sirvientes, ¿qué motivo podrían haber tenido? Además, todos ellos llegaron al lugar del hecho simultáneamente. No; tiene que haber sido Martin Wylde.

Pero su voz no era del todo convincente.

Continuaron con el almuerzo. Mr. Quin no estaba ese día con muchos deseos de conversar, y Mr. Satterthwaite había dicho cuanto tenía que decir. Pero el silencio no era total. Estaba impregnado del resentimiento de Mr. Satterthwaite, nervioso y fastidiado por la indiferente actitud de su interlocutor.

De repente, Mr. Satterthwaite bajó bruscamente sus cubiertos y exclamó: -Supongamos que ese joven sea inocente... ¡Lo van a colgar!

Dijo esto con voz exaltada y con grandes muestras de inquietud. No obstante, Mr. Quin no articuló palabra.

-No es como si... -continuó Mr. Satterthwaite, pero se interrumpió-. ¿Por qué no había de ir a Canadá esa mujer? -preguntó.

Mr. Quin agitó la cabeza.

-Ni siquiera sé a qué punto de Canadá fue -agregó Mr. Satterthwaite.

-¿Podría averiguarlo? -sugirió el otro.

-Me imagino que sí. El sirviente podría saberlo. O quizá Thompson, el secretario.

volvió a hacer una pausa. Cuando reanudó la conversación, su voz parecía suplicante.

-No es que haya en todo esto algo que me importe...

-¿Acaso el hecho de que van a colgar a un hombre dentro de tres semanas?

-Bueno, sí, por supuesto. Ya veo lo que insinúa. Es la vida o la muerte. Y, además, está esa pobre chica. No es que yo sea duro de corazón... Pero, ¿qué puedo hacer? ¿No es un poco fantástico todo esto? Aun suponiendo que yo pudiera localizar a esa mujer en Canadá, ¿de qué serviría? Como no fuese yo mismo hasta allá...

Mr. Satterthwaite parecía seriamente disgustado.

-Yo pensaba ir a la Riviera la semana entrante -dijo lastimosamente.

Y la mirada que fijó en Mr. Quin decía con claridad meridiana: "Déjeme en paz, ¿quiere?" -¿Ha estado usted alguna vez en Canadá? -preguntó Mr. Quin.

-Nunca.

-Es un país muy interesante.

Mr. Satterthwaite lo miró con cierto aire de duda.

-¿Cree usted que yo debería ir?

Mr. Quin se echó hacia atrás y prendió un cigarrillo. Luego continuó, entre bocanadas de humo: -Usted, según entiendo, es hombre de fortuna. No millonario, precisamente, pero sí

un hombre que puede darse un gusto sin reparar en los gastos. Usted se ha dedicado a observar y analizar los dramas de otras gentes. ¿Nunca se le ha ocurrido la idea de encarnar un papel en una de esas escenas? ¿Nunca se ha visto, por espacio de un minuto, como el árbitro de los destinos de los demás, en medio del escenario, teniendo en sus manos la vida y la muerte?

Mr. Satterthwaite se inclinó hacia adelante y dijo con su vehemencia proverbial: -¿Quiere usted decir que yo podría ir a Canadá tras esa mujer...?

Mr. Quin sonrió.

-¡Ah! Fue usted el que sugirió la idea de ir al Canadá, no yo -dijo en tono ligero.

-Usted es lo suficientemente hábil como para manejar a los demás a su antojo -dijo Mr. Satterthwaite-. Cada vez que me he encontrado con usted...

Pero al llegar aquí se interrumpió.

-¿Qué?

-Hay algo en usted que no comprendo. Quizá nunca llegue a comprenderlo. La última vez que estuvimos juntos...

-La víspera de San Juan.

Mr. Satterthwaite se estremeció como si esas palabras encerraran un misterio que no alcanzaba a comprender.

-¿Fue por San Juan? -preguntó turbadamente.

-Así es. Pero no hagamos hincapié en ese detalle. No tiene mayor importancia, ¿verdad?

-Si usted lo juzga así -contestó cortésmente Mr. Satterthwaite. Se dio cuenta de que aquella misteriosa clave se le escurría entre los dedos-. Cuando regrese de Canadá me será muy grato volver a verlo -terminó diciendo en tono confundido.

-Temo que por el momento no pueda darle a usted una dirección fija -contestó Mr. Quin, disculpándose-. Pero, de todos modos, vengo aquí muy a menudo. Si usted también viene, no será difícil que nos encontremos.

Se separaron cordialmente.

Mr. Satterthwaite estaba muy agitado. Se dirigió a la agencia Cook y pidió informes sobre la salida de vapores. Luego llamó a Deering Hill. La voz de un criado, suave y deferente, atendió el aparato.

-Mi nombre es Satterthwaite. le habló de parte de... de una firma de abogados. Tendría interés en obtener algunos informes acerca de una joven que trabajó últimamente de sirvienta en esa casa.

-¿Se refiere usted a Louise, señor? ¿Louise Bullard?

-Esa misma -contestó Mr. Satterthwaite, encantado de haberse enterado del nombres sin preguntar.

-Lamento comunicarle que ya no está en el país; se fue a Canadá hace seis meses.

-¿Puede usted facilitarme su dirección actual?

El criado no la sabía con exactitud. Sólo estaba enterado de que era un lugar en las montañas, un nombre escocés... ¡Ah! Banff; eso era. Las otras criadas de la casa habían esperado recibir noticias de Louise, pero hasta la fecha no había escrito ni enviado su dirección.

Mr. Satterthwaite agradeció la información y cortó. Se sintió poseído del ansia de aventuras. Su espíritu intrépido lo impulsaba a hacer algo importante. Iría a Banff, y si Louise Bullard estaba allí, la buscaría hasta encontrarla.

Contrariamente a lo que suponía, gozó bastante durante la travesía. Hacía mucho tiempo que no realizaba un viaje tan largo por mar. La Riviera, Le Touquet, Deauville y Escocia constituían su acostumbrada gira. La sensación de que estaba embarcado en una misión tan delicada aumentaba su regocijo.

¿Qué pensarían de él sus compañeros de a bordo si conocieran el motivo de su travesía? Pero, claro..., ellos no conocían a Mr. Quin.

En Banff le fue fácil dar con su objetivo. Louise Bullard estaba empleada en el mejor hotel de la localidad. Doce horas después de su arribo, consiguió entrevistarse con ella.

Era una mujer de unos treinta y cinco años, de apariencia anémica, aunque de sólida contextura. Tenía cabello castaño claro levemente ondulado y un par de ojos pardos de mirada honesta. La primera impresión de Satterthwaite fue que estaba tratando con una persona algo tonta, pero digna de la más absoluta confianza.

Ella aceptó sin rodeos su afirmación de que le habían encargado que consiguiera mayores informes con respecto a la tragedia de Deering Hill.

-Vi en los diarios que Mr. Martin Wylde había sido condenado. Realmente, es muy triste.

No obstante, demostró no tener ninguna duda acerca de la culpabilidad del acusado.

-Un verdadero caballero que fue por mal camino. Aunque no me gusta hablar mal de los muertos, debo decir que fue la señora la que lo condujo a eso. No podía dejarlo en paz; no podía. Pero, en fin, ya han recibido ambos su castigo. Me acuerdo de un proverbio que cuando chica tenía colgado sobre mi cama, que decía: "A Dios no se lo puede burlar". Y eso, es una gran verdad. Yo tenía el presentimiento de que algo iba a ocurrir esa noche, y no me equivoqué.

-¿Cómo es eso? -preguntó Mr. Satterthwaite.

-Yo estaba en mi cuarto, cambiándome de ropa, señor, y se me ocurrió mirar por la ventana. Pasaba un tren en ese momento, y el humo rosado que despedía adquiría en el aire, créame señor, la forma de una mano gigantesca. Una enorme mano blanca en contraste con el carmesí del cielo. Los dedos estaban crispados como si quisieran apoderarse de algo. Le aseguro que tuve un sobresalto. Me dije a mí misma: ¿Sabes?, eso es el augurio de que algo va a ocurrir, y en ese mismo instante se oyó el tiro. Ya ocurrió, me dije, y corrí escaleras abajo a reunirme con Cata y los demás que ya estaban en el hall, y apresuradamente nos dirigimos al salón de música. Allí estaba la señora, con la cabeza atravesada por un balazo. Y la sangre.... ¡Era espantoso! ¡Horrible! Yo reaccioné enseguida y fui a enterar a sir George de lo que había pasado; le hablé también de la mano blanca en el cielo, pero no le dio mucha importancia a esta parte de mi relato. Un día funesto, ya lo había presentido con todo mi ser desde la mañana temprano. ¡Viernes 13! ¿Qué otra cosa cabía esperar?

Siguió hablando. Mr. Satterthwaite la escuchaba pacientemente. Una y otra vez la hacía volver a la escena del crimen con preguntas precisas. Al final, no obstante, debió aceptar su derrota. Louise Bullard había relatado todo cuanto sabía, y su historia era tan simple como sincera.

Sin embargo, Satterthwaite alcanzó a descubrir un hecho de importancia. El puesto que Louise tenía ahora le había sido sugerido por Mr. Thompson, el secretario de sir George. El sueldo que le asignaban era tan ventajoso que la tentó, y aceptó el puesto pese a que le significaba abandonar Inglaterra precipitadamente. Un tal Mr. Denman se encargó de hacer todos los arreglos de su viaje y le había aconsejado que no escribiera a sus compañeros de Deering Hill, ya que esto podía acarrearle serias dificultades con las autoridades de inmigración, argumento que ella había aceptado con absoluta fe.

El monto de su salario, mencionado por ella accidentalmente, había asombrado sobremanera a Mr. Satterthwaite. Tras un momento de vacilación, optó por entrevistar a Mr. Denman.

Afortunadamente, encontró poca resistencia en conseguir que esta persona le refiriera todo lo que sabía. Conoció a Thompson en un viaje que había hecho a Londres y le quedó obligado por un gran servicio. Después el secretario de sir George le había escrito una carta, en septiembre, diciéndole que, por razones especiales, sir George tenía interés en sacar a aquella muchacha de Inglaterra y, en consecuencia, le preguntaba si habría alguna forma de conseguirle un puesto. Al mismo tiempo, le fue enviada una suma de dinero destinada a elevar el sueldo a una cantidad muy importante.

-Un caso de apuro muy usual -exclamó Mr. Denman, recostándose en su sillón-. Parece una chica muy callada.

Mr. Satterthwaite no estaba de acuerdo en que aquél fuera un caso de apuro usual. Louise Bullard, estaba seguro de ello, no había sido un capricho pasajero de sir George Barnaby. Por alguna otra razón, y muy poderosa, por cierto, había sido necesario que ella saliera de Inglaterra. Pero, ¿por qué? ¿Qué había en el fondo de todo eso? ¿Habría sido todo instigado por el propio sir George, valiéndose de su secretario? ¿O sería este último, por propia iniciativa, que invocaba el nombre de su patrón?

Con todas estas ideas en la cabeza, Satterthwaite emprendió el regreso. se sentía desanimado y casi desesperado. El viaje no le había reportado ningún beneficio.

Con la sensación de fracaso, al día siguiente de su llegada se dirigió al restaurante Arlecchino. No esperaba tener suerte en su primera tentativa, pero con íntima satisfacción pudo distinguir la figura familiar de Mr. Harley Quin, sentado a la misma mesa, en la penumbra, en cuya cara morena asomaba una expresiva sonrisa de bienvenida.

-Pues bien... -dijo Mr. Satterthwaite, mientras tomaba una tostada con mantequilla-. ¡Linda cacería la que me encomendó usted!

Mr. Quin levantó las cejas.

-¿Qué yo le encomendé? -objetó-. Fue idea suya enteramente.

-Bueno, sea de quien haya sido la idea, no prosperó. Louise Bullard no tiene nada que decir de importancia.

A continuación, Mr. Satterthwaite relató los detalles de su conversación con la sirvienta y luego refirió su entrevista con Mr. Denman. Mr. Quin escuchó en silencio.

-En cierto modo, mi viaje se justificó -continuó Mr. Satterthwaite-. A ella la quitaron de en medio deliberadamente. Pero no alcanzo a comprender por qué.

-¿No? -dijo Mr. Quin, y su voz, como de costumbre, resultó desa-fiante. Mr. Satterthwaite se sonrojó.

-Me imagino que usted pensará que debí haberla sondeado más hábilmente. Puedo asegurarle que le hice repetir la historia punto por punto. No es culpa mía el no haber conseguido lo que quería.

-¿Está usted seguro -preguntó Mr. Quin- de que no consiguió lo que quería?

Mr. Satterthwaite lo miró en el colmo del asombro y se topó con aquella mirada lánguida y burlona que tan bien conocía. No fue capaz de interpretarla, y movió la cabeza lentamente.

Hubo un prolongado silencio y luego habló Mr. Quin, cambiando radicalmente el tono de su voz.

-El otro día me pintó usted un magnífico cuadro de los protagonistas de este asunto. En pocas palabras, consiguió usted que se destacaran claramente como si fueran grabados por un buril. Me gustaría que hiciera otro tanto con el lugar del hecho. Se olvidó de mencionar eso.

Mr. Satterthwaite se sintió altamente lisonjeado con estas palabras.

-¿El lugar? ¿Deering Hill? Pues bien; hoy en día es una casa de aspecto vulgar. De ladrillos colorados y ventanas color rojizo. Exteriormente es bastante desagradable, aunque por dentro es sumamente cómoda. No es una casa muy grande, y tiene un terreno de regulares dimensiones. Todas las casas de los alrededores son muy parecidas entre sí. Fueron construidas para personas pudientes. El interior de la casa se parece al de un hotel, con las habitaciones a lo largo de los corredores. En cada una de ellas, un baño con agua caliente y

fría y una buena cantidad de enchufes eléctricos. Todas son espléndidamente cómodas, aunque no son nada rurales. Deering Vale está situada a unos treinta kilómetros de Londres.

Mr. Quin escuchaba atentamente.

-El servicio de trenes es pésimo, según he oído -observó.

-Yo no diría eso -objetó Mr. Satterthwaite-. Estuve vivienda, allí durante una corta temporada, el verano pasado, y el horario me pareció muy cómodo para llegar al centro. Por supuesto, los trenes circulan cada hora. Salen de Waterloo doce minutos antes de las horas, y el último es el de las 22.48.

-¿Y cuánto tardan en llegar hasta Deering Vale?

-alrededor de 40 minutos. Los trenes llegan siempre dos minutos antes de cada media.

-Claro, debía haberme acordado -dijo Mr. Quin con un gesto de fastidio-. La señorita Dale fue a despedir a alguien que partía en el tren de las 6.28, ¿no es así?

Mr. Satterthwaite demoró uno o dos minutos en contestar. Su mente estaba ocupada en solucionar un problema no resuelto aún. Finalmente exclamó: -querría que me dijera qué quiso significar hace un momento cuando me preguntó si yo estaba seguro de no haber obtenido lo que quería.

Dicho de esa manera resultaba un tanto confusa la pregunta, pero Mr. Quin no aparentó no haber comprendido.

-Nada; sólo que pensaba si no habría sido usted un poco demasiado estricto. Al fin y al cabo, usted averiguó que Louise Bullard había sido alejada deliberadamente del país. Siendo así, debe haber una razón, y la razón debe encontrarse entre lo que ella le refirió a usted.

-Pues bien -dijo Mr. Satterthwaite razonando-, ¿qué me dijo? Si hubiera tenido que prestar declaración ante el jurado, ¿qué hubiera dicho?

-Hubiera podido decir lo que había visto -dijo Mr. Quin.

-¿Y qué vio?

-Una señal en el cielo.

Mr. Satterthwaite levantó la mirada y la fijó en Mr. Quin.

-¿Acaso está usted pensando en esa necedad? ¿En esa interpretación supersticiosa de la mano de Dios?

-Quizá -replicó Mr. Quin-. Por lo que usted y yo sabemos, esa mano pudo haber sido la de Dios.

Mr. Satterthwaite no podía ocultar su asombro ante la gravedad de Mr. Quin.

-¡Qué desatino! Ella misma declaró que era producida por el humo del tren.

-¿Era un tren que iba o que venía? -murmuró Mr. Quin.

-Difícilmente pudo ser un tren que venía. Estos pasan por Deering Vale a las horas y diez minutos. Debe de haber sido un tren que iba; el de las 6.28. No, no puede ser. Louise dice que el grito se oyó inmediatamente después, y nosotros sabemos que fue disparado a las 6.20. No es posible que el tren pasara con 10 minutos de adelanto.

-No lo creo, en esa línea -asintió Mr. Quin.

-quizá fuera un tren de carga -murmuró Mr. Satterthwaite, con la mirada perdida en el vacío-. Pero, si hubiera sido así...

-... no hubiera sido necesario sacar a Louise de Inglaterra. Estoy de acuerdo -terminó diciendo Mr. Quin.

Mr. Satterthwaite lo contempló estupefacto.

-El tren de las 6.28... -murmuró lentamente-. Pero si es así, si el tiro fue disparado a esa hora, ¿por qué dijeron todos que era más temprano?

-Es obvio que los relojes estaban mal -contestó Mr. Quin.

-¿Todos? -preguntó Mr. Satterthwaite en tono de duda-. Sería una coincidencia muy grande.

-Casualmente, no estaba pensando en que fuera una coincidencia -dijo-, sino en que era viernes.

-¿Viernes? -exclamó Mr. Satterthwaite.

-Según me dijo usted, sir George en persona arreglaba y daba cuerda a todos los relojes el viernes por la tarde -dijo Mr. Quin.

-Los atrasó a todos 10 minutos -murmuró Mr. Satterthwaite, maravillado de los descubrimientos que iban haciendo-. Luego salió a jugar al bridge. Estoy por creer que esa mañana interceptó la carta que su mujer escribió a Martin Wylde... Sí, por cierto que la leyó. Abandonó su partida de bridge a las 6.30, encontró la escopeta de Martin apoyada contra la puerta, entró y mató a su mujer. Después volvió a salir, tiró la escopeta entre los matorrales, donde fue hallada más tarde y aparentó salir del portón de la quinta del vecino en el mismo momento en que alguien llegó corriendo a buscarlo. Pero, el teléfono, ¿qué pasó con el teléfono? ¡Ah, claro, ya veo! Lo desconectó para que no pudieran dar aviso a la policía, pues de hacerlo, hubieran tomado nota en la comisaría de la hora en que se había recibido la llamada. Ahora resulta verídica la declaración de Martin Wylde. Todo concuerda. El salió realmente a las 6.25. Caminando lentamente, llegaría a su casa a las 6.45. Sí, ahora lo veo todo muy claramente. Louise constituía el único peligro por su continua charla de raras supersticiones. Alguien podría haber sacado alguna conclusión de su extraña narración del paso del tren, y entonces... la coartada quedaba destruida.

-¡Estupendo! -exclamó Mr. Quin.

Mr. Satterthwaite lo miró encendido de entusiasmo por su triunfo.

-La cuestión es... ¿cómo proceder ahora?

-Yo sugeriría el nombre de Sylvia Dale -dijo Mr. Quin. Mr. Satterthwaite vaciló.

-Como ya le dije -observó-, me dio la impresión de ser un poco... tonta...

-Pero tiene padre y hermanos que podrían tomar las medidas necesarias.

-Es cierto -contestó Mr. Satterthwaite, tranquilizándose.

Un momento después estaba con la muchacha. refiriéndole la historia. Ella escuchó atentamente; y no hizo preguntas, pero cuando Mr. Satterthwaite hubo terminado se levantó y dijo: -Necesito un taxi ahora mismo.

-Mi querida niña, ¿qué piensa hacer?

-Voy a ver a sir George Barnaby.

-No haga eso. Es el peor procedimiento. Permítame...

Se mostró sumamente agitado, pero no produjo ninguna impresión. Sylvia Dale tenía su plan concebido y estaba dispuesta a cumplirlo. Accedió a que él la acompañara durante el trayecto, pero hizo caso omiso de todas sus indicaciones. El la esperó dentro del taxi mientras ella se dirigía a la oficina de sir George.

Media hora después salía. Daba la sensación de estar extenuada, su rara belleza aplastada como una flor marchita. Mr. Satterthwaite la miró anhelosamente.

-Triunfé -murmuró ella entrecerrando los ojos y echándose hacia atrás en el asiento.

-¿Qué? -preguntó excitado Mr. Satterthwaite-. ¿Qué hizo? ¿Qué dijo?

Ella se irguió un tanto.

-Le dije que Louise Bullard había ido a la policía a contar toda la historia. Le dije que la policía había estado averiguando y se había enterado de que él había sido visto entrando en su propia finca y saliendo pocos minutos después de las 6.30. Le dije que el plan había sido descubierto. El hombre, al oír esto, se derrumbó. Le dije, también, que aún estaba a tiempo de desaparecer, ya que la policía no vendría a arrestarlo hasta dentro de una hora. Lo convencí de que si él firmaba una confesión de que había asesinado a Vivian, yo no diría ni haría nada; pero que si no lo hacía, yo me encargaría de que la casa entera se enterara de toda la verdad. Estaba tan amedrentado que no sabía lo que hacía. Firmó el papel sin saber a conciencia lo que estaba haciendo.

Ella lo puso en manos de Mr. Satterthwaite.

-Tome... tome... Ya sabrá usted qué debe hacer para que pongan en libertad a Martin Wylde.

-¡Realmente lo ha firmado! -exclamó Mr. Satterthwaite, en el colmo de la sorpresa.

-Es un poco tonto -dijo Sylvia Dale-. También lo soy yo -agregó tras una pausa-. Por eso conozco la forma de actuar de los tontos. Nos trastornamos, llevamos a cabo los actos más disparatados y luego nos arrepentimos.

Todo su cuerpo tembló convulsivamente y Mr. Satterthwaite le palmeó una mano.

-Usted necesita tomar algo para reponerse de esto -dijo él-. Venga conmigo, estamos cerca de uno de mis lugares favoritos, el Arlecchino. ¿Ha estado ahí alguna vez?

Ella movió la cabeza negativamente.

Mr. Satterthwaite pagó el taxi y penetró en el restaurante en compañía de la joven. Se encaminó con el corazón palpitante hacia la mesa apartada, pero la mesa estaba vacía.

Sylvia Dale notó la desilusión que inundó el rostro de su acompañante.

-¿Qué pasa? -preguntó intrigada.

-Nada -contestó él-. Es decir, tenía la esperanza de encontrar a un amigo. Pero no importa. Espero que algún día lo volveré a ver...